

Nicolás Iñigo Carrera*

ALGUNOS INSTRUMENTOS PARA EL ANÁLISIS DE LAS LUCHAS POPULARES EN LA LLAMADA HISTORIA RECIENTE

INTRODUCCIÓN

LOS DISCURSOS ACERCA DEL FIN DE LA POLÍTICA EN LAS CALLES Y LA DESAPARICIÓN DE LA CLASE OBRERA

En la sociedad capitalista contemporánea, tanto en los países centrales como en los dependientes, fracciones sociales excluidas del poder político (*pueblo*) se manifiestan por fuera de los canales establecidos en el sistema institucional político y jurídico, aunque no necesariamente enfrentadas a ese sistema y, frecuentemente, vinculadas a algunas de sus instituciones. El discurso del fin de la política en las calles, dictaminado en la década del noventa por historiadores del mundo académico y universitario argentino, fue derrotado por la realidad misma: desde Francia hasta Chile, pasando por Argentina, Bolivia, Ecuador, México y Venezuela, las movilizaciones y luchas callejeras son un rasgo sobresaliente de la lucha política actual. Esta derrota muestra la debilidad de los criterios de supuesta cientificidad basados en dictámenes de una comunidad académica que rechaza la utiliza-

* Historiador. Profesor de la Universidad de Buenos Aires. Investigador del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA).

ción sistemática de instrumentos teóricos en la reconstrucción de la realidad por el pensamiento¹.

Mayor difusión aun que el discurso acerca del fin de la política en las calles tuvo el que proclamaba la desaparición del proletariado como sujeto histórico. A partir de la década del ochenta, las ciencias sociales, y también la historia, fueron campo de una poderosa ofensiva del discurso que afirma que las transformaciones científico-técnicas desarrolladas en la actual fase capitalista dan como resultante una tendencia a la disminución, cuando no a la lisa y llana desaparición, de la clase obrera como sujeto principal del movimiento de la sociedad. En las luchas sociales, su lugar pasa a ser ocupado por los llamados *nuevos movimientos sociales* (Offe, 1992).

Ese discurso tuvo una amplia difusión en América Latina, de la mano de autores como Alain Touraine, Manuel Castells y sus voceros locales, aunque su resultante sobre los análisis de las luchas políticas y sociales registró diferente importancia de acuerdo a cómo fuera la especificidad de cada sociedad y el peso que en ella tuviera la clase obrera.

Las siguientes reflexiones sobre el tema, aunque aplicables a otros países de América Latina, se originan en la observación de la experiencia argentina, quizás uno de los casos en los que aquel discurso impactó más y tuvo una mayor acogida entre académicos e intelectuales. Este impacto no fue casual en una sociedad donde la clase obrera ocupaba, desde hacía casi un siglo, un lugar central en la actividad productiva y las luchas políticas, y donde la ofensiva encabezada por la oligarquía financiera por medio de sus cuadros militares había transformado drásticamente algunos rasgos de la fisonomía del capitalismo (aunque, obviamente, no su naturaleza)². Una sociedad, cabe agregar, donde la población identificada (y autoidentificada) como indígena era numéricamente ínfima, pero donde algunos de los llamados *nuevos*

1 Ver, por ejemplo, en Romero (1996) el explícito abandono de categorías teóricas rigurosas y la exaltación de los dictámenes de la comunidad académica. No es casual que este autor afirmara, refiriéndose a la primera mitad de la década del noventa: "La retirada del discurso y de la movilización callejera fue general" y que "el espíritu público renació, gradualmente, en la segunda mitad de la década, sin que reapareciera la política en la plaza o en las calles" (Romero, 2000: 515-516).

2 La ofensiva llegaba en un momento del capitalismo argentino en el que el capital financiero lograba establecer su hegemonía y comenzaba un nuevo período en su desarrollo. Si nos planteamos como objeto de estudio la *historia reciente* (y sabiendo que no existe historia que no sea observada desde los interrogantes que la realidad presente del historiador le plantea), debemos intentar determinar cuáles son los atributos de estos últimos treinta a cincuenta años que permitirían delimitar un período. A comienzos del siglo XX, este fue anunciado como el siglo del capital financiero; predicción que, pocas dudas caben, se ha realizado: estamos transitando la fase de la hegemonía de ese capital que es, a la vez, la de la descomposición del capitalismo. Pero es necesario profundizar en la investigación de los rasgos del capitalismo a partir de la década del setenta.

movimientos sociales, como el movimiento de mujeres, tenían aproximadamente un siglo de existencia.

El mundo académico y político argentino adhirió al *sentido común* que indicaba que esa drástica transformación daba lugar a los llamados *procesos de exclusión social*, que tendrían como resultado que la lucha de clases de base socioeconómica fuera sustituida por la lucha de base sociocultural, con protagonistas como los pobres, mujeres, ancianos, jóvenes, niños, indígenas, migrantes, etc. (Villarreal, 1996).

Transcurrido más de un cuarto de siglo desde el inicio de aquella ofensiva que reivindicaba el papel de los nuevos movimientos sociales frente a la clase obrera, resulta interesante contrastar ese discurso con los procesos históricos efectivamente desarrollados en la realidad.

LA REALIDAD DE LA REBELIÓN

Veamos algunos datos. La investigación acerca del proceso de rebelión desarrollado en Argentina durante la década del noventa, que culminó con la *insurrección espontánea* de diciembre de 2001, permite una refutación empírica de ese discurso en lo que hace al lugar que en él ocupa la clase obrera, es decir, los expropiados de sus condiciones materiales de existencia que sólo pueden obtener sus medios de vida bajo la forma del salario, reciban este o no; y también respecto del peso en los procesos de lucha de la histórica forma de organización de sus intereses económicos inmediatos dentro del capitalismo: la organización sindical (Cotarelo e Iñigo Carrera, 2005).

Del total de 7.643 hechos de rebelión que hemos registrado entre diciembre de 1993 y diciembre de 2001, el 55,7% fue realizado por *asalariados*³, mientras que los *nuevos movimientos sociales* llevaron a cabo tan pocos que debieron ser incluidos en la categoría residual *otros*⁴, a

3 Contrariamente a un discurso que construye sus categorías con criterios subjetivos, la categoría *asalariados* (y todas las utilizadas en nuestra investigación) se asienta en criterios objetivos. No se trata de que hayamos privilegiado la relación salarial, sino que incluimos en esa categoría a la población que sólo puede obtener sus medios de vida bajo la forma del salario (los obtengan o no) y realizan hechos que tienen como meta reivindicaciones que hacen expresamente a esa situación. Por ejemplo: si un grupo se moviliza por aumento de salarios o contra despidos o por mejoras en sus condiciones de trabajo o por obtener un salario (desocupados), es categorizado como *asalariados*; si ese mismo grupo se moviliza en demanda de mejoras edilicias en su barrio, será categorizado como *vecinos* o *villeros*, según corresponda; si el mismo grupo se moviliza por fallas en el suministro de energía eléctrica, será categorizado como *usuarios*. En síntesis, el predominio de la categoría *asalariados* no es resultado de que privilegiemos la relación salarial, sino de que la mayoría de los hechos ha sido protagonizada por quienes sólo pueden vivir mediante el salario y se movilizan en relación con ello.

4 Incluye usuarios y consumidores, jóvenes, indígenas, prostitutas y travestis, políticos y periodistas, hinchas de fútbol, víctimas de la represión, sacerdotes, veteranos de la guerra de Malvinas, murgueros, ciclistas, residentes extranjeros, niños, discapacitados, homosexuales, policías y sus familiares, diabéticos y otros enfermos, mujeres, protectores de

la que corresponde el 7,9% de los hechos. Otra categoría “vieja”, que también remite a clases sociales, los pequeños propietarios, ocupó el segundo lugar (9,8%). Mientras categorías que poco tienen de nuevas, como estudiantes (8,4%), pobres (5,7%), vecinos (4,5%) o dirigentes y militantes políticos (3,9%), reunieron una cantidad de hechos que les permite aparecer con entidad propia. No hay datos sobre el 4%. Cabe aclarar que de los hechos realizados por asalariados (4.256), dos terceras partes (66,7%) corresponden a asalariados ocupados y un 17,5% a desocupados (Cotarelo e Iñigo Carrera, 2005).

Más contundente aún resulta observar quiénes convocaron a tales actos. El 37,2% de los hechos fue convocado por organizaciones sindicales, el 7,2% por organizaciones empresarias, el 7% por organizaciones político-sindicales o de desocupados y el 6,8% por organizaciones estudiantiles; los partidos y otras organizaciones políticas convocaron el 2,2% de los hechos y las multisectoriales, el 1,1%. Hubo 6,3% de hechos sin convocatoria (espontáneos), y los llamados nuevos movimientos sociales quedaron subsumidos en la categoría *otros*, a la que correspondió el 6,9% de los hechos⁵; en una cuarta parte de los hechos (25,3%) no hay datos del convocante⁶.

Los asalariados (principalmente los ocupados), los pequeños propietarios y los pobres –todos ellos determinados en relación con su *situación socioeconómica* (la propiedad de las condiciones materiales en que se desarrolla su vida, que hacen a su situación de clase)– dan cuenta de casi las tres cuartas partes de los hechos; el otro protagonista son los *estudiantes*, categoría social nada novedosa por cierto. Las organizaciones sindicales, las empresarias y las de desocupados, que también remiten a la organización de intereses económicos, convocan a la mitad de los hechos (51,4%).

Es esta verificación empírica la que nos lleva a poner en cuestión el uso habitual de instrumentos de análisis que no dan cuenta del conjunto de la situación real, dejando de lado sus rasgos centrales, porque no toman como dimensiones principales del análisis el enfrentamiento social y las clases sociales.

animales, turistas, madres y padres por restitución de hijos, ecologistas, automovilistas y peatones, feligreses de credos religiosos, miembros de colectividades étnicas, bomberos, mutualistas, presos y sus familiares, familiares de víctimas de crímenes o accidentes, ciudadanos y pueblo.

5 No consideramos *nuevo* al movimiento de desocupados. Si bien estuvo lejos de la magnitud que alcanzó en los primeros años de la década actual, el movimiento de los desocupados protagonizó ataques a tiendas, marchas del hambre y manifestaciones en Buenos Aires y sus alrededores y en Rosario entre 1930 y 1934. Por lo demás, dicho movimiento no tiene una base sociocultural sino económico-social.

6 Corresponden en su gran mayoría a saqueos de comercios producidos en diciembre de 2001, que no fueron espontáneos, pero de los que no hay información sobre el convocante.

En este artículo haremos algunas consideraciones acerca de cómo desarrollamos nuestra investigación, pasando de las personificaciones de categorías económicas (asalariados, empresarios, pobres) y sociales (estudiantes) a un análisis basado en la confrontación (potencial o efectiva) entre fuerzas sociales que expresan los intereses contrapuestos de las clases sociales fundamentales⁷.

INDIVIDUOS, ACTORES COLECTIVOS, CLASES SOCIALES

Nuestro punto de partida teórico es el conocimiento acumulado para el análisis de los procesos de rebelión. No *supuestos*, sino surgidos de la investigación de la realidad. Los instrumentos referidos encuentran su asiento en la teoría social clásica, pero su aplicación a una situación específica requiere realizar precisiones y articulaciones entre ellos, en la misma medida en que las leyes (tendencias), propias de la sociedad capitalista, aparecen modificadas en mayor o menor grado cuando se analizan situaciones concretas (Marx, 1973: 546): es necesario avanzar desde las “relaciones generales abstractas determinantes” hacia “lo concreto” como “síntesis de múltiples determinaciones” (Marx, 1968).

Aunque los hechos históricos no son resultantes de acciones individuales de dirigentes sino de un proceso que involucra a sujetos colectivos, aún hoy buena parte de la producción historiográfica se asienta en esa concepción, que tiene su manifestación más extrema en la frase de Winston Churchill, que afirmó que no hay historia sino sólo biografías.

Nuestro punto de partida es otro. Los dirigentes son un producto social, resultante de una singular combinación de múltiples relaciones sociales que convierten a un individuo en dirigente, que ocupa ese lugar porque tiene la capacidad para servir a una necesidad del movimiento de la sociedad en un momento específico. Producto social porque cumplen una *necesidad histórica*; se constituyen en mediación de ciertas relaciones sociales que hacen a la formación y realización de una fuerza social; y sirven a una necesidad social porque articulan la fuerza, en confrontación con otras fuerzas sociales. Se constituyen en mediación, en articulación de ciertas relaciones sociales que hacen al interés de alguna de las clases sociales en confrontación.

7 Analizar los procesos históricos tomando como dimensión principal la confrontación entre las clases sociales significa que las clases en sentido pleno no existen fuera del enfrentamiento social; enfrentamiento que se manifiesta bajo muy diferentes formas, incluso a nivel individual. Esta orientación teórica impide cualquier tipo de *esencialismo*. Excede a este trabajo la refutación a quienes consideran un *sustancialismo* el análisis de la sociedad en términos de clases sociales con el argumento de que estas son sólo una construcción lógica y no existen en la realidad; basta la constatación empírica de la existencia de *ricos* y *pobres*, la forma más inmediata en que se manifiesta la existencia de los grupos sociales fundamentales en el capitalismo.

La “serie infinita de paralelogramos de fuerzas” que planteó Engels como constitutiva del hecho histórico⁸ es más que la simple suma algebraica de las voluntades individuales; es un producto social, y tiene un *plus* social, análogo al que señaló Marx al referirse a la potenciación de la fuerza productiva del trabajo por la cooperación entre los trabajadores (Marx, 1973: 259-271). Pero, además, los conjuntos humanos se mueven detrás de metas e intereses que no son puro producto de su voluntad: existen condiciones que determinan la existencia misma de esos grupos y, sobre esa base, sus metas e intereses. Aunque no puedan ser consideradas *las primeras*, ya que están precedidas por las determinaciones naturales, ocupan un papel fundamental las condiciones materiales de reproducción de la vida, que dividen a la sociedad en clases sociales: en su forma más general, los propietarios y los no propietarios de sus condiciones materiales de existencia. Difícilmente podrá soslayarse que la reproducción de la vida material (y por ende las relaciones establecidas en esa actividad por los seres humanos) constituye una dimensión basal de cualquier análisis: sin vida material no hay humanidad y, por ende, no hay sujeto de la Historia. Esto no significa reducir la Historia al movimiento de la economía: el análisis de las relaciones políticas, jurídicas, culturales (lo que ha sido sintetizado como *relaciones ideológicas*, ya que pasan por la conciencia y voluntad humanas), que expresan y a la vez operan sobre la producción de la vida material, constituye una necesidad ineludible. Ambos conjuntos de relaciones (materiales y no materiales) deben ser considerados en su movimiento, que no es sincrónico ni lineal sino contradictorio, con cambios cuantitativos que devienen cualitativos. La sociedad, atendiendo a la reproducción de la vida material, se encuentra formada por grupos sociales fundamentales (en los que pueden delimitarse fracciones y capas) que se constituyen plenamente en clases sociales en los momentos en que toman conciencia de sus intereses (inmediatos o históricos) en confrontación con otras clases sociales.

El sujeto colectivo de la Historia son las clases sociales en confrontación. Las metas de las clases, en cada momento histórico,

8 “La historia se hace ella misma de tal modo que el resultado final proviene siempre de conflictos entre gran número de voluntades individuales, cada una de las cuales está hecha a su vez por un cúmulo de condiciones particulares de existencia. Hay pues innumerables fuerzas que se entrecruzan, una serie infinita de paralelogramos de fuerzas que dan origen a una resultante: el hecho histórico. A su vez, este puede considerarse como producto de una fuerza que, tomada en su conjunto, trabaja inconsciente e involuntariamente. Pues el deseo de cada individuo es obstaculizado por el de otro, de lo que resulta algo que nadie quería. Así es que la historia se realiza a la manera de un proceso natural, sujeta también ella esencialmente a las mismas leyes del movimiento. Pero [...] cada una contribuye a la resultante, y en esa medida está incluida en ella” (Marx y Engels, 1973: 379-381).

están vinculadas con los grados de conciencia que tienen de sí, de las otras clases y de las relaciones entre ellas. Los grados de conciencia hacen al momento que transitan en su constitución como clases sociales, en un proceso obviamente no lineal formado por enfrentamientos sociales. Las clases se constituyen en el proceso de la lucha. Es por eso que la mirada del investigador debe centrarse en los enfrentamientos sociales, en los que se expresa el movimiento de la sociedad.

Esta consideración del hecho histórico aparta nuestro abordaje metodológico del de quienes analizan la *acción colectiva contenciosa y discontinua*, concepción teórica desde la que se han realizado las caracterizaciones más difundidas acerca de las luchas sociales contemporáneas y que también aparece rechazando a la Historia como resultante de la acción de los dirigentes. Esa concepción, que orienta hoy muchas investigaciones realizadas por sociólogos e historiadores, tiene como objeto a conjuntos de individuos y sus motivaciones, tomando en cuenta *intereses, organización, movilización (control de recursos), oportunidad y acción colectiva*. El nuestro, más bien, es la sociedad en movimiento, con los consiguientes procesos de confrontación (y alianzas) entre las clases que la componen. Charles Tilly (1978) apela a Marx y lo coloca en la base de su modo de investigar la *acción colectiva*. Pero esa apelación no llega a la práctica: para diferenciarse de lo que llama *marxismo ortodoxo*⁹, destaca la “considerable importancia atribuida a los procesos políticos e intereses que no están basados de manera obvia y directa en el conflicto de clases”, algo que ni Marx ni Engels ni sus continuadores negaban. No obstante para Tilly, las clases quedan reducidas a “cualquier conjunto en una misma relación con los medios de producción”; en el mejor de los casos, las define en la relación con la *organización de la producción*. Aunque Tilly afirma varias veces, sin desarrollarlo, que el análisis de la lucha de clases en Marx abarca más, sólo toma en cuenta y le atribuye esta referencia a los intereses que surgen inmediatamente de las relaciones establecidas en la actividad productiva. Desecha así los instrumentos utilizados por el mismo Marx en el análisis del campo de las relaciones políticas y jurídicas y las formas de la conciencia, expuestos, por ejemplo, en la *Crítica de la filosofía del derecho*, en *La cuestión judía* y en el mismo *El capital*, para no hablar de toda la elaboración posterior desde ese cuerpo teórico –por ejemplo, la forma religiosa que toma la lucha de clases en determinadas condiciones

9 En la medida en que la teoría fundada por Marx se plantea como un método para el conocimiento científico de la realidad, resulta una extensión abusiva aplicarle términos propios de dogmas religiosos, con lecturas e iglesias ortodoxas o heterodoxas.

(Engels, 1970). El socialismo científico queda así reducido a un análisis de las clases en términos exclusivamente económicos¹⁰.

Sobre esa definición meramente económica de las clases sociales, Tilly adosa una construcción inspirada principalmente por el liberalismo (John Stuart Mill), articulada sobre la *movilización de recursos* y la *oportunidad*.

¿Cómo se expresa el liberalismo con relación al análisis de los procesos de rebelión? La teoría de la acción colectiva tiene entre sus limitaciones metodológicas la definición de *actores colectivos* que implican relaciones sociales pero no necesariamente a la sociedad, en tanto esta contiene clases sociales, constituyentes de esos actores. En consecuencia, puede definir, muy imprecisamente, que existe *política contenciosa* cuando “gente común, frecuentemente aliada con ciudadanos más influyentes, se unen en confrontación contra elites, autoridades y oponentes” (Tarrow, 1998: 2), aplicándolo a sociedades constitutivamente diferentes. Lo mismo ocurre cuando Tilly (1995: 20-21) define *revolución* (“transferencia por la fuerza del poder del Estado”), cosificando al Estado en un aparato, e intenta aplicar un modelo de análisis a procesos, desde la Revolución Francesa hasta la desarticulación de los países socialistas, generados en formas de organización social distintas, regidas por leyes generales diferentes, y que, por consiguiente, necesitan de instrumentos de análisis variados¹¹.

En síntesis, esta orientación teórica pretende investigar la rebelión analizando las formas abstractas en las que actúa un sujeto abstracto (gente). Considera que los individuos se agrupan de diferentes maneras de acuerdo con distintos intereses, sin atender al lugar de las clases sociales como constitutivas de la sociedad. Partir de conjuntos de individuos (gente) como constituyentes de los actores colectivos, y no de las clases sociales como constituyentes de los individuos, permite explicar su “confianza en Mill” (Tilly, 1978: 48), lo que se refleja en la observación de motivaciones individuales más que en las tendencias (leyes) que rigen el movimiento de la sociedad.

Este rechazo a considerar la centralidad de las clases sociales conduce a un análisis fraccionante de la sociedad. Y este es su punto de intersección con las *teorías de los nuevos movimientos sociales* a las que nos referimos al comienzo de este trabajo. Es la pérdida de centralidad de las clases sociales, en un análisis que coloca en pie de

10 Ver, por ejemplo, cómo considera “excepción” al análisis de Marx del gobierno de Luis Napoleón (Tilly, 1995: 13). Lo que en Tilly es *reducción* en Tarrow (1998: 11-13) se vuelve caricatura, extendida a la relación entre Marx, Lenin y Gramsci.

11 Esto no se salva con el rechazo de toda pretensión de universalidad que plantea Tilly (2000: 11), cuando en su definición de *acción colectiva* limita sus “argumentos y las conclusiones” al norte de Europa.

igualdad a cualquier *movimiento social*, lo que explica por qué no se ha podido dar cuenta de la centralidad de la clase obrera en la rebelión de los noventa.

CLASES SOCIALES, ESTRATEGIAS, ALIANZAS SOCIALES, RELACIONES DE FUERZAS

¿Cómo abordamos nosotros el análisis de los procesos de rebelión en Argentina, considerando como motor la confrontación entre las clases sociales?

En primer lugar, partimos de saber que es un país dependiente donde del capitalismo, medido por la extensión de las relaciones sociales que le son propias, está desarrollado. Esta caracterización general nos señala dos líneas de confrontación que están *potencialmente* siempre presentes: la que hace a la dimensión liberación nacional-dependencia (nación-imperialismo) y la que hace a la dimensión liberación social-explotación (expropiados-propietarios de condiciones materiales de existencia).

Si se trata de observar la confrontación entre las clases sociales –y el desarrollo de la lucha de clases es el desarrollo de la guerra civil–, es fundamental observar las estrategias que se dan, en un momento histórico determinado, las distintas clases sociales. El ordenamiento en los enfrentamientos sociales permite descubrir la meta y el camino que se ha dado una clase social en determinado momento histórico. En todo momento existe algún tipo de conducción, explícita o no, de la lucha: en la medida en que no hay actividad humana que no pase por la conciencia de los que la protagonizan, los que luchan lo hacen con una determinada conciencia de sí y del mundo que los rodea (Gramsci, 1984). Al pasar por la conciencia del sujeto colectivo que es la clase social, el resultado son los ya citados “paralelogramos de fuerzas” a los que hace referencia Engels. Porque dentro de una misma clase existen grados de conciencia distintos, que se vinculan con aspectos parciales o totalizadores de su situación, y por ello con intereses inmediatos parciales o intereses que hacen a su totalidad como seres humanos; de manera que, si bien en definitiva sólo puede haber dos formas de conciencia, socialista o burguesa, en ambas hay grados.

En el análisis tomamos en consideración la existencia de fracciones y capas dentro de las clases sociales. Y que, cualquiera sea la estrategia de los expropiados en un determinado momento histórico, en ella está presente la necesidad de establecer alianzas con fracciones sociales de otras clases sociales: para realizar su interés necesitan constituir fuerza social, y esta fuerza sólo puede existir constituyendo alianzas, que son las que se enfrentan en la lucha. En la fuerza social cada fracción o clase puede tener su estrategia, pero la fracción o clase dirigente de la alianza lo es porque ha logrado presentar su interés como el in-

terés del conjunto. Y según la fracción o clase dirigente en la alianza será el interés que se realice. Descubrir cuál sea la forma de conciencia, determinar el grado de autoconciencia y organización alcanzado, lo que se expresa en el interés que defiende y en la meta que se propone, y cuáles son las alianzas que para ello establece, constituyen el problema a resolver. Por eso, un problema planteado en nuestra investigación fue en qué medida se formó una fuerza popular entre 1993 y 2001.

No obstante, preguntarse por el grado de constitución de una fuerza social nos plantea también interrogantes acerca de qué tipo de fuerza social se trata. En el análisis del movimiento de oposición puede plantearse la existencia de tres fuerzas: de la protesta, de la oposición obrera o popular y de la oposición burguesa. Sin embargo, esta aproximación nos conduce a otro conjunto de problemas: ¿puede haber una *fuerza de la protesta*? ¿O la protesta, tal como la define Engels (1965: 209-210), no constituye fuerza, es dispersa y se agota en sí misma? La comúnmente denominada *oposición al modelo neoliberal*, que es lo que aparece en las calles en Argentina y otros países de América Latina, ¿es oposición política? Si lo es, ¿es oposición a las políticas del gobierno, al gobierno mismo o al sistema vigente? ¿Cómo se entrelazan esas tres oposiciones? ¿En qué grado de constitución se encuentra una fuerza de oposición política, lo que debería incluir una referencia al grado de constitución de sus cuadros?

Pero, además, la existencia de una fuerza social popular en el campo de las relaciones políticas, cualquiera sea el momento de su constitución en que se encuentre, nos obliga a determinar las relaciones de fuerzas existentes en la sociedad: desde la relación de fuerzas sociales objetiva hasta la relación de fuerzas políticas inmediata (Gramsci, 1981).

EL OBJETO DE INVESTIGACIÓN

Partir de las clases sociales en confrontación delimita el objeto de nuestra investigación: la rebelión. Este concepto, tomado de Engels (1965), es más preciso que *conflicto* o *acción colectiva* porque remite explícitamente a la contraposición de los intereses históricos de las clases sociales. Y es más abarcador que *protesta* y *lucha* porque contiene a ambas¹².

Rebelión constituye una escala que toma distintas formas, desde “la más incivil e inconsciente forma” (el robo, el delito común) (Engels, 1965: 209) hasta la insurrección¹³.

12 De Engels se desprende que la *protesta*, sea individual, como el delito, o colectiva, no ataca la raíz de la situación que se quiere modificar.

13 Con su especificidad en cada momento histórico: Engels la determinó *obrera consciente*; Lenin, como *armada del pueblo*; en el siglo XX, la teoría del socialismo científico incorporó la *guerra revolucionaria*.

Las diferencias cualitativas permiten construir una escala desde las formas más inconscientes y espontáneas hasta las más conscientes y sistemáticas. El movimiento puede ascender y descender en la escala, implica direccionalidad (aunque no necesariamente en una determinada dirección) y permite medir momentos.

Es justamente porque su método de análisis incluye una escala de las formas de lucha que resultan de gran utilidad los aportes de la historiografía inglesa y sus descripciones de las *formas primitivas* de la rebelión (Hobsbawm, 1968) y las *ideas inherentes e ideas derivadas* y su combinación (Rudé, 1981), que permiten analizar mejor las formas de conciencia y de rebelión existentes, y contribuyen a ubicarlas de modo más preciso en la escala¹⁴. Aunque resulta útil su análisis de la *economía moral de la multitud*, la referencia a una escala es menos clara en Thompson (1979; 1995).

Cabe agregar que la construcción de esa escala permite, a la vez, superar maneras de nominar algunas de las formas que toma la rebelión, que son de uso general, pero poco preciso, como *explosión social*, *azo*¹⁵ o *pueblada*, contraponiéndoles conceptos como *motín*, *revuelta*, *toma y defensa de una posición*, *insurrección*. Esto se vincula con un aspecto central de nuestra investigación: el intento por conceptualizar. Las nominaciones comunes pueden remitir a las *ideas inherentes* (Rudé, 1981) en una sociedad, e incluso constituir una primera aproximación al conocimiento, pero no permiten relacionarlo con el conocimiento científico universal, con un cuerpo teórico.

LA ESCALA DE LA REBELIÓN

Un problema en sí mismo, cuando abordamos la historia latinoamericana reciente, es conocer el alcance del objeto de investigación: una de las formas consideradas *primitivas*, el *delito*, se ha extendido. Una primera mirada asocia esa extensión al crecimiento de una población sobrante para las necesidades actuales del capital (que en Argentina, por ejemplo, alcanzaría a alrededor de dos tercios de la población): la necesidad de obtener medios de vida para aquellos expropiados de sus condiciones materiales de existencia que no pueden obtenerlos bajo la forma del salario multiplica los

14 Los primeros problemas que nos planteamos en nuestra investigación surgieron de comprobar la existencia actual de *formas primitivas*, con rasgos semejantes a los analizados por esos autores, y que permitían ir más allá de la interpretación inmediata de una *resistencia al ajuste* (Iñigo Carrera y Cotarelo, 1997: 121-122).

15 En Argentina se ha generalizado el uso del sufijo “azo” para referirse a movilizaciones con lucha callejera. Incluso ha habido un intento por darle a “azo” estatus teórico, distinguiéndolo de “pueblada” de acuerdo al contenido de clase.

*hechos delictivos*¹⁶. ¿Constituyen estos hechos el escalón más bajo de la rebelión? Si bien una porción importante forma parte del *crimen organizado*, si se tienen en cuenta algunos rasgos que presenta la participación de jóvenes pobres en relación con la propiedad privada y la autoridad establecida, aparece un elemento de rebelión. La distinción que hace Michel Foucault entre *ilegalismos* y una forma específica de ilegalismo, la delincuencia, aparentemente marginada pero centralmente controlada, podría servir para distinguir entre rebelión y crimen organizado¹⁷. La necesidad de separar previamente al crimen organizado, lo que constituye una investigación en sí misma, nos ha impedido incluir el *delito* en nuestro registro y análisis. Sí podemos, en cambio, incluir la *revuelta*, en la que el elemento de protesta está presente, en su forma más inconsciente (Iñigo Carrera et al., 1995).

En Argentina, determinamos un ciclo que se inició con el *motín*, levantamiento espontáneo de gente oprimida, desesperada, con elementos de venganza, pero que se agota en sí mismo¹⁸. Que fue seguido, si se atiende a las formas que se dan por fuera del sistema institucional, por la *toma y defensa de una posición o lucha de barricada*, que pueden involucrar la toma de una ciudad¹⁹, hasta llegar a la *insurrección espontánea*²⁰ (Cotarelo e Iñigo Carrera, 2005).

16 No estamos haciendo referencia aquí a que, desde el *régimen de dominación*, y siguiendo los vaivenes de la correlación de fuerzas entre las clases sociales, se pretende criminalizar la pobreza y la resistencia a las condiciones que se intentan imponer, constituyendo en delito las manifestaciones de la protesta, por las que (a pesar del cambio de política gubernamental) en 2004 había en Argentina más de 4 mil procesados. Guerra a los pobres disfrazada de guerra al delito, con “la idea del criminal como enemigo interno” (Foucault, 2000: 93).

17 Hoy el crimen organizado constituye ramas de la actividad económica y de la organización institucional política. Por ello, cabe preguntarse en qué medida el incremento del *delito* es resultante de la fase que transita el capitalismo, con el consiguiente cambio en la consideración de lo que es legal e ilegal, e incluso de la centralidad de determinadas actividades económicas. Debería investigarse (lo que nos aleja del análisis del delito como forma más inconsciente de la rebelión pero no del medio en que se desarrolla) cuál es el aspecto del delito funcional al sistema institucional vigente, en el sentido que plantea Foucault para el siglo XIX, y su vinculación con la penalización de la rebelión.

18 En esta forma predomina lo espontáneo, aunque debe recordarse que, como señaló Gramsci (1984), no existe acción humana puramente espontánea porque no existe acción humana que no pase por la conciencia y la pura espontaneidad sería la pura mecanicidad. Lo espontáneo debe ser considerado como forma embrionaria de lo consciente. Aunque todavía no es lucha, el *motín* se encuentra en su umbral. Sus protagonistas comienzan a delimitar embrionariamente a su contrincante (Cotarelo, 1999).

19 Como ocurrió, por ejemplo, en Cutral C6-Plaza Huincul (Klachko, 2002).

20 Los hechos del 19 y 20 de diciembre de 2001 recibieron el nombre de *Argentinazo*. Dicho nombre se constituye en amalgama y ariete ideológico de una fuerza popular por las siguientes razones: permite entroncar los hechos presentes con uno de los momentos

Pero estas formas no deben hacer olvidar la existencia de otras que tienden a desarrollarse dentro del sistema institucional, aunque puedan eventualmente aparecer por fuera. Fundamentalmente, la huelga general²¹ y, en particular, la *huelga general con movilización*, que cumplió un papel articulador de las luchas en la década del noventa (Iñigo Carrera, 2001).

LOS HECHOS DE REBELIÓN

Para investigar la rebelión comenzamos por delimitar y registrar cada uno de los hechos que la constituyen, y que son nuestra unidad de registro. A partir de dicho registro, construimos las distribuciones que hacen observables los rasgos de la rebelión y que nos permiten aproximarnos a algún grado de medición de las tendencias existentes en el proceso histórico investigado. Podrá objetarse que este tipo de registro y mediciones sólo posibilita llegar a resultados exclusivamente cuantitativos. Pero si se tiene presente la ley de la transformación de la cantidad en calidad, se puede intentar avanzar en el conocimiento del proceso histórico analizado a partir de conocer, por ejemplo, quiénes son los sujetos que más hechos realizan, de qué tipo de hechos se trata, cuáles son sus metas, si los hechos son realizados en conjunto por más de un sujeto, si existen solidaridades entre ellos, etcétera.

más altos de las luchas de masas de la historia argentina, al evocar los rasgos de combate callejero, vinculándolos con los *azos* de las décadas del sesenta y setenta; señala la forma *nacional* que toma el hecho, colocándolo, en ese aspecto, por encima de los *azos* de treinta años atrás. Invaldar el uso del término *argentinazo* sería pretender invalidar esa recuperación de la historia de la lucha de las masas en Argentina. Pero el nombre de *argentinazo* carece de universalidad, en dos sentidos: refiere sólo a Argentina; remite al sufijo *azo*, utilizado sin precisión para denominar hechos que tienen en común el rasgo de las acciones callejeras pero que son muy distintos entre sí, si se atiende a los intereses presentes en ellos, sus protagonistas y los procesos históricos de los que forman parte. Por eso, intentamos su conceptualización, para avanzar en la determinación del período en que se inserta el hecho y en las tendencias posibles del desarrollo histórico. La descripción de los hechos de diciembre permite señalar los cinco rasgos de la insurrección espontánea señalados clásicamente (la muchedumbre en la calle, no organizada, que espontáneamente levanta barricadas, dando lugar a una lucha de calles, en la que las masas pasan por encima de las organizaciones) (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2004; 2006).

21 En la huelga general, el conjunto de los obreros se une contra el conjunto de los capitalistas y se encuentran con el gobierno del Estado (Marx, 1950). En ella se expresa *potencialmente* –no importa la conciencia que de ello tengan sus protagonistas– la lucha contra la forma de organización social vigente basada en la relación capital-trabajo asalariado. Esa lucha deja de existir en potencia y alcanza su forma desarrollada cuando toma lo esencial de la política: la organización del poder del Estado; en ese momento ya ha superado la forma de huelga general, que deja de ser la forma principal para devenir forma auxiliar. La huelga general es una lucha política; pero esto nada dice acerca de la forma de conciencia de su situación ni de cómo superarla (reformista o revolucionaria) que tienen los obreros.

Este camino es el que nos permite mostrar la presencia cuantitativamente dominante de los *asalariados* durante el ciclo de rebelión 1993-2001 en Argentina, que por cierto dice mucho sobre la cualidad de ese ciclo (y de la sociedad argentina), dato que permanecía ignorado en las caracterizaciones habituales.

A la vez, el registro sistemático de los hechos de rebelión permite determinar cuáles de esos hechos constituyen hitos en ese proceso histórico, en tanto significan cambios cualitativos, y atienden a alguna o varias de las dimensiones analizadas (forma de la rebelión, organización, delimitación de un enemigo, etc.). El análisis de estos hechos, cada uno de los cuales es un proceso en sí mismo, es susceptible de ser periodizado, y considera a las distintas dimensiones del análisis. Por ejemplo, teniendo en cuenta quién lo realiza, algo que puede ir cambiando en el desarrollo del hecho, bien porque se incorporen o se retiren fracciones sociales (o personificaciones de distintas relaciones económicas o sociales) o porque, siendo las mismas, cambia el campo de las relaciones sociales involucrado y, por lo tanto, las metas²².

Un paso fundamental para el análisis de los hitos lo constituyó su delimitación. Es decir, establecerlos como unidad espacio-temporal. No siempre esa unidad es evidente ni coincide con lo que es comúnmente aceptado. Por ejemplo, cuando se analiza lo ocurrido en diciembre de 2001 en Argentina, se suele circunscribirlo (y así nombrarlo) al *20 de diciembre*, momento del combate callejero en el centro político de la ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, ese enfrentamiento callejero se produjo por el ataque de la fuerza armada del gobierno (la policía) a las manifestaciones que como respuesta popular a la declaración del *estado de sitio* por parte del gobierno nacional se sucedieron no sólo en Buenos Aires sino en varias otras ciudades de Argentina desde el anochecer del día 19. Esta unidad es percibida cuando se nombra al hecho como *19 y 20 de diciembre*. Sin embargo, esta denominación también pierde de vista que la declaración del estado de sitio que desencadenó primero la manifestación pacífica y luego el combate de masas se debió a la imposibilidad del gobierno de controlar otra forma de rebelión (la más primitiva), que había comenzado como saqueos de comercios para convertirse en *revuelta con elementos de motín*, protagonizada principalmente por las capas más pobres de la población; y esa revuelta, que alcanzó en algunos lugares a devenir en motín, venía desarrollándose desde el día 13 de diciembre. Asimismo, paralelamente se producían luchas callejeras protagonizadas por asalariados de distintas provincias, por reivindicaciones inmediatas. De manera que la rebelión en las calles, bajo

22 Como, por ejemplo, un hecho (*manifestación*) de *vecinos*, que devino *concentración de ciudadanos* para terminar en un *motín* (Iñigo Carrera et al., 1991).

diferentes formas, se remonta al día 13; y esto nos conduce a lo que da inicio a esa semana de confrontación callejera: la huelga general del día 13, declarada *con movilización* por la Confederación General de Trabajadores (CGT) (secretaría Moyano) y la Confederación de Trabajadores Argentinos (CTA), y sin movilización por la CGT (secretaría Daer). Sin duda pueden señalarse antecedentes del hecho de diciembre, y uno no menor es la magnitud del llamado *voto bronca* (en blanco, anulado o abstención de votar, en un país donde el voto es obligatorio), que en octubre de 2001 ocupó los primeros lugares en muchas jurisdicciones, e incluso, en algunas como la ciudad de Buenos Aires, el primer lugar. Pero si se considera la lucha en las calles, el hecho se desarrolla entre el 13 y el 20 de diciembre (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2004; 2006).

A la vez, el hecho puede localizarse dentro de un *ciclo de enfrentamientos sociales*, de un *período* y de un *momento*.

El *ciclo* está constituido por un conjunto de hechos de rebelión que, aunque están en distintos puntos de la escala de las formas de lucha, corresponden a un mismo proceso histórico. No se trata sólo de un incremento del conflicto y la contienda a través del sistema social. *Ciclo* es utilizado en un sentido análogo al del ciclo económico: en un período más o menos largo, el movimiento de la rebelión pasa por fases de auge o florecimiento (expansión) y otras de crisis (contracción y estancamiento). No se trata de *oleadas*, sino de un movimiento en espiral, que se expande o se contrae. A la vez, si se atiende al desarrollo de cada ciclo puede observarse en él un proceso de génesis, formación, desarrollo y crisis. El desarrollo del ciclo puede medirse atendiendo a las formas que toman los hechos de rebelión que lo constituyen, en relación con la escala de la rebelión (desde el *delito* hasta la *insurrección consciente*); en su desarrollo, pasa del predominio de las formas espontáneas a las sistemáticas o viceversa; obviamente, los ciclos alcanzan diferentes grados en la escala, son pocos los que llegan al grado más alto y su movimiento no es lineal. Por lo tanto, no se trata simplemente de que haya *más* movilización, *más acción colectiva* en el número de hechos o fracciones sociales que abarca, como parecería ser la concepción de ciclo en Tarrow (1998: 142) y Tilly (1995: 10), sino de medir su calidad con relación a la escala. En la presente investigación hemos delimitado un *ciclo de enfrentamientos sociales* que se desarrolla entre diciembre de 1993 (*motín* de Santiago del Estero) y diciembre de 2001 (*insurrección espontánea*).

También localizamos el hecho en un *período*, que puede ser *revolucionario* o *contrarrevolucionario* atendiendo a quién tiene la iniciativa y remite a una época de cambio en la estructura misma de la sociedad. El ciclo que analizamos en Argentina se inscribe en un *período* contrarrevolucionario, que se inicia a mediados de la década del seten-

ta, en el que la iniciativa la tiene la oligarquía financiera. Según qué cuadros ejerce el gobierno (militares en función política o políticos), podemos distinguir dos fases: 1976-1983 y 1983-2001. En este período, la oligarquía financiera construyó su hegemonía. En ese proceso de construcción de hegemonía podemos señalar como hitos: la llamada guerra antisubversiva, desarrollada a mediados de la década del setenta; la manera en que se resolvió la guerra de Malvinas (1982); y la salida electoral del gobierno militar (1983). La realización de esa hegemonía se dio después de las hiperinflaciones de 1989 y 1990. Queda planteado como interrogante si el período contrarrevolucionario terminó en diciembre de 2001.

El *momento*, que nosotros observamos desde la clase obrera, puede ser *ascendente* o *descendente*, atendiendo a las dimensiones *unidad/fractura* y *alianza/aislamiento*; es decir, si lo que prima es la unidad de la clase obrera y su alianza con fracciones de otras clases sociales, o si está fracturada y aislada socialmente. La revuelta de 1988-1989 se produce en el punto más bajo dentro de un momento descendente (1988-1993); cuatro años después, comienza el ciclo 1993-2001, que se desarrolla en tres momentos: 1993-1997 (ascendente), 1997-1999 (descendente) y 2000-2001 (ascendente) (Iñigo Carrera, 2001; Cotarelo e Iñigo Carrera, 2005).

Avanzar en estas precisiones, que requieren necesariamente considerar las clases y fuerzas (alianzas) sociales, nos permite superar el plano de las personificaciones de categorías económicas y sociales presentado al comienzo de este trabajo, determinar el grado de constitución de una fuerza popular y su estrategia y la situación (relaciones de fuerzas) en que se encuentra.

BIBLIOGRAFÍA

- Cotarelo, María Celia 1999 "El motín de Santiago del Estero. Argentina, diciembre de 1993" en *PIMSA* (Buenos Aires) N° 19.
- Cotarelo, María Celia e Iñigo Carrera, Nicolás 2005 "Algunos rasgos de la rebelión en Argentina 1993-2001" en *PIMSA* (Buenos Aires) N° 49.
- Engels, Federico 1965 *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Buenos Aires: Futuro).
- Engels, Federico 1970 *Las guerras de campesinos en Alemania* (Buenos Aires: Andes).
- Engels, Federico 1973 "Carta a J. Bloch (21/9/1890)" en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Correspondencia* (Buenos Aires: Cartago).

- Foucault, Michel 2000 *La verdad y las formas jurídicas* (Barcelona: Gedisa).
- Gramsci, Antonio 1981 *La política y el Estado moderno* (México DF: Premio).
- Gramsci, Antonio 1984 *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Hobsbawm, Eric 1968 *Rebeldes primitivos* (Barcelona: Ariel).
- Iñigo Carrera, Nicolás 2001 “Las huelgas generales. Argentina 1983-2001” en *PIMSA* (Buenos Aires) N° 33.
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 1997 “Revuelta, motín y huelga en la Argentina actual” en *PIMSA* (Buenos Aires) N° 7.
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2004 “La insurrección espontánea: Argentina, diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización” en *PIMSA* (Buenos Aires) N° 43.
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2006 “Génesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre de 2001 en Argentina” en Caetano, Gerardo *Nuevos sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Iñigo Carrera, Nicolás; Cotarelo, María Celia; Fernández, Fabián y Tarditi, Roberto 1991 “De la protesta vecinal al ‘motín’ popular. Lanús 1982” en *Cuadernos de Cicso* (Buenos Aires) N° 69.
- Iñigo Carrera, Nicolás; Cotarelo, María Celia; Gómez, Elizabeth y Kindgard, Federico 1995 “La revuelta (Argentina 1989-1990)” en *PIMSA* (Buenos Aires) N° 4.
- Klachko, Paula 2002 “La conflictividad social en la Argentina de los 90. El caso de las localidades petroleras de Cutral C6 y Plaza Huincul 1996-1997” en Levy, Bettina (comp.) *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO).
- Marx, Carlos 1950 *Misère de la philosophie* (París: Alfred Costes).
- Marx, Carlos 1968 *Introducción general a la crítica de la economía política 1857* (Córdoba: Pasado y Presente).
- Marx, Carlos 1973 *El capital* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Marx, Carlos y Engels, Federico 1973 *Correspondencia* (Buenos Aires: Cartago).

- Offe, Claus 1992 *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales* (Madrid: Sistema).
- Romero, Luis Alberto 1996 “La historiografía en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional” en *Entrepasado* (Buenos Aires) Año V, N° 10.
- Romero, Luis Alberto 2000 “Apogeo y decadencia de la política en las calles (1969-1999)” en Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos* (Buenos Aires: Altamira) Tomo II.
- Rudé, George 1981 *Revolución y conciencia de clase* (Barcelona: Crítica).
- Tarrow, Sidney 1998 *Power in movement* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Thompson, Edward P. 1979 “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII” en *Tradición, revolución y conciencia de clase* (Barcelona: Crítica).
- Thompson, Edward P. 1995 “La economía moral revisada” en *Costumbres en común* (Barcelona: Crítica).
- Tilly, Charles 1978 *From mobilization to revolution* (Nueva York: Random House/McGraw-Hill).
- Tilly, Charles 1995 *Las revoluciones europeas 1492-1992* (Barcelona: Crítica).
- Tilly, Charles 2000 “Acción colectiva” en *Apuntes de Investigación del CECYP* (Buenos Aires) Año IV, N° 6.
- Villarreal, Juan 1996 *La exclusión social* (Buenos Aires: FLACSO/Norma).